

tanas, y midiendo la distancia que le separaba del suelo, creyó que de un salto podría salvarla sin gran peligro.

El miedo le hizo adoptar esta resolución, que dió al traste con todos los proyectos de la novelesca doña Constanza.

Capítulo CXXIII.

Las hijas de Eva.

La noche en que Luciano abandonaba el palacio de sus amos para acudir al llamamiento de doña Constanza, un escudero que por orden de doña Juana le vigilaba, se presentó á esta diciéndole lo que ocurría.

—Seguidle,—exclamó,—y volved inmediatamente á noticiarme adónde se ha dirigido.

El escudero partió.

Apenas se quedó sola doña Juana, paseándose febrilmente por la habitación que ocupaba, añadió:

—¿Qué puede motivar esa repentina salida del secretario de mi marido? A estas horas no es creíble que haya ido á desempeñar ningún encargo de Cortés.

¿Habrá acedido á alguna cita amorosa? Tal vez

me engañe; pero le creo demasiado tímido para ello... Quién sabe; sin embargo, las apariencias engañan y...

No terminó su monólogo.

El escudero llegó, anunciando que había visto entrar á Luciano, no por la puerta principal, sino por una que daba al jardín, en la casa del señor don Luis Longo y Tenreyro, añadiendo que momentos despues de penetrar el jóven desapareció una luz que había en una de las ventanas de la casa.

—Bien está, retiraos,—dijo doña Juana, procurando conservar su serenidad:

Cuando hubo salido el escudero, exclamó:

—¿Con que Luciano, que se muestra tan respetuoso conmigo que apenas se atreve á alzar los ojos en mi presencia, se entrega á aventuras amorosas?

Sí, no hay duda: al ir á casa de don Luis le guía el propósito de ver á su esposa. Esa luz que ha visto mi fiel servidor sería la señal convenida para indicarle que podía subir sin riesgo alguno... ¡Y yo que empezaba á amar á ese miserable!

¡Oh! Pero yo juro vengarme de él, y también de mi odiosa rival.

Ahora empiezo á explicarme la turbacion del secretario de mi esposo cuando le hablaba de doña Constanza.

Sin saber porque, odiaba á esa mujer... Está visto que mi corazón me engañaba.

Un momento despues, cubierta con un manto y

acompañada del escudero que le había traído la noticia que tanto le preocupaba, se dirigia á las inmediaciones de la casa de don Luis Longo y Tenreyro.

Trabajo costará creer á nuestros lectores que la esposa del ilustre caudillo, criada en el mayor recogimiento, diese un paso tan imprudente, y que hasta cierto punto era una infidelidad hácia su esposo.

Su conducta, dada la situacion en que se encontraba, no tiene nada de extraño.

Amaba á Luciano, y la pasión que se había despertado en su pecho le hacia olvidarse de sus juramentos.

Las mujeres más dignas, las más altivas, el día que se enamoran y les inspira celos el objeto de su amor, cometen las mayores imprudencias.

En vano la razón les presenta el abismo que se abre á sus piés.

Desoyen sus ruegos, y solo obran á impulsos de su corazón.

Se ha dicho que el amor avasalla por completo al que le siente, y el ejemplo de doña Juana lo confirma una vez más.

Solo así puede explicarse que una mujer, cuyo marido ocupaba una de las posiciones más brillantes, que pertenecía á una de las familias más distinguidas de España, pudiese correr en pos de un jóven de nacimiento ignorado, tal vez oscuro, al creer que otra mujer había fijado sus ojos en él.

Febri!, delirante, contando los instantes por los

latidos de su corazón, esperaba que Luciano saliese de la casa adonde había ido, cuando de pronto oyó un ruido que la hizo acercarse al sitio de donde procedía.

Este ruido le había producido el doncel al descolgarse por la ventana.

Acercóse doña Juana con el escudero, y á favor de la claridad de la luna reconocieron al jóven.

El acompañante de la esposa de Cortés, hombre entrado en años, y por consiguiente con bastante experiencia, adivinó que su presencia no era oportuna en aquellos momentos, y sin aguardar á que se le ordenase retirarse, se alejó á una respetuosa distancia.

Doña Juana y Luciano quedaron solos.

—¡Vos aquí; señora!—exclamó el secretario en medio del mayor asombro.

—Quería averiguar la exactitud de una noticia que me habían dado. Se ha dicho estos días que se tramaba una horrible conspiración en contra de mi esposo, y se os señalaba como uno de los principales conjurados.

—¿Es posible semejante calumnia?—añadió el imberbe mancebo, sin adivinar que las palabras de doña Juana tendían á que al desmentirlas confesase los motivos que le habían impulsado á acudir á aquella casa.

—Empiezo á creer en la veracidad de la noticia, toda vez que no disculpais vuestra presencia en esta casa.

—Os juro que ignoro completamente semejante conjuración, y protesto con toda mi alma de esas intenciones que se me atribuyen.

Yo, señora, y puedo decirlo muy alto, jamás he dado lugar ni á la más pequeña duda respecto á lealtad á vuestro esclarecido esposo.

Me arrancaría la vida antes de cometer semejante infamia.

Pero no quiero molestaros más.

Hechos recientes han demostrado mi adhesión al ilustre Hernan Cortés.

Por otra parte, mi conciencia no me acusa de haber dado el menor paso que pueda perjudicar á mi reputación.

—Permitidme que os diga que esa vehemencia con que habláis, en vez de decir sencillamente el objeto que aquí os ha traído, hace sospechar de vuestras intenciones.

Luciano, turbado cada vez más, nada pudo contestar.

La esposa de Hernan Cortés cambió de táctica.

—Quiero creer,—le dijo,—que sois ajeno á esa conspiración.

Pero entonces tendré que suponer que una aventura galante os ha traído á estas horas á la casa de donde salís.

Don Luis no se halla en ella, porque me consta que le ha llamado mi esposo; de forma que con su bella compañera será con la que habreis pasado la noche en amoroso coloquio.

Luciano no rompió el silencio en que se había encerrado.

—¿No teneis nada que contestarme?

—Señora, por piedad, exigidme la vida; pero no me preguntéis una palabra más.

—Veo que, aunque jovencito,—exclamó con ironía su interlocutora,—teneis suficiente carácter para no comprometer con una imprudencia á vuestra hermosa beldad.

Pero para que podais consagraros á ella por completo, hoy mismo hablaré á mi esposo para que os despida.

Un libertino que sostiene relaciones criminales con una mujer casada, con una aventurera indigna, no merece el aprecio ni la proteccion de las personas honradas.

Esta amenaza acabó de anonadar completamente al pobre jóven.

Doña Juana pensaba que caeria á sus piés, confesaria su culpa y pediria perdon.

Pero no sucedió así.

Luciano permaneció como petrificado.

La esposa de Cortés fué á reunirse con su escudero, y á pasos agigantados regresó á palacio, anhelando el momento de ver al caudillo para decidirle á que relevase de su cargo al secretario.

Aquella mujer, que pocos dias antes hubiera dado su vida por Luciano, que por todos los medios posibles se proponia engrandecerle, hubiera querido en aquellos momentos ahogarle en sus brazos para que

no pudiese recibir las caricias de la que ella creia su afortunada rival.

El pobre Luciano regresó tambien muy triste y preocupado por el desenlace de una aventura que no habia buscado, y de la que, en honor de la verdad, no habia recogido el más pequeño fruto.

Capítulo CXXIV.

Efectos de los celos.

Doña Juana pasó toda la noche en la mayor inquietud.

No pudo conciliar el sueño.

La imagen de la bella portuguesa no se apartaba de su imaginación.

Creía ver en sus brazos á su amante, y lo que sufría con sus celos, por más que fueran infundados, era horrible.

—¡Oh!—exclamaba en medio de la mayor desesperación.—¿Para qué habré yo mandado seguir á Luciano? Antes al ménos tenía duda, y por lo tanto, me sonreía aún la esperanza. ¡Hoy, ya que mis sospechas se han confirmado, he perdido todas mis ilusiones! Es preciso que yo me vergue de Luciano. Res-

pecto á su cómplice, también buscaré los medios de que sienta los efectos de mi cólera. Una mujer despreciable como es ella no merece la menor consideración.

La sangre se agolpaba á su cerebro, y la confusión de sus ideas era cada vez mayor.

—Pero haciendo que mi esposo despida á Luciano, ¿recobraré acaso la tranquilidad? De ningún modo; lejos de mí se aumentaría mi sufrimiento, porque entonces, dueño por completo de su persona, podrá entregarse á todo su sabor á galantear á su beldad.

Y sin embargo, debo cumplir mi amenaza. Hasta ahora no ha comprendido ese tontuelo el amor que siento por él: mi debilidad podría hacersele adivinar. Nada nada, estoy resuelta; mañana, en cuanto vea á mi esposo, le participaré mi resolución. Luciano no debe permanecer más tiempo á nuestro lado.

La ocasión que deseaba se presentó.

El caudillo, como todos los días, apenas amaneció se dirigió á la habitación de su esposa para informarse de cómo había pasado la noche.

Al acercarse á doña Juana no pudo ménos de notar las huellas de la lucha que durante el insomnio había sostenido.

Profundamente alarmado, le preguntó:

—¿Qué tienes, mi querida esposa? Veo en tus ojos una tristeza, un malestar que me anuncia grandes padecimientos.

—¿Para qué ocultártelo? Sufro, y sufro al ver la

ingratitude de una persona que sólo nos debe beneficios.

—¿Es posible? ¿Tendré que temer alguna nueva deslealtad?

--No creas que me refiero á que nos amenace ningun peligro. Aludo únicamente á lo mal que corresponde á la confianza que en él has depositado tu secretario Luciano.

—Permíteme que te diga que tengo pruebas recientes de su lealtad, de su sincera adhesion. En el tiempo que lleva á mis órdenes no he hallado en su conducta nada que sea vituperable:

—Es un hipócrita.

—Repito que le juzgas mal.

—¿Y si yo te presentase pruebas de que te engañas?

—Me alarmas con ese misterio.

—Luciano es un seductor que aprovecha algunas noches para correr en pos de aventuras criminales.

Hernan Cortés no pudo reprimir una sonora carcajada.

—¿Te ries? Pues voy á decirte la verdad.

Doña Juana, que como es natural, tenia que ocultar la pasion que sentia hácia el secretario de su esposo, para explicar su salida durante la noche anterior para espiar al jóven, se valió del mismo pretexto que habia empleado en su entrevista con Luciano, es decir, indicó á Hernan Cortés que habian llegado á sus oidos rumores de que conspiraban en

contra suya y de que su secretario era uno de ios conspiradores.

—¿Y has comprobado la verdad de esos rumores?

—No; pero me he convencido de que sostiene relaciones criminales con doña Constanza, la esposa del contralor don Luis Longo Tenreyro.

—¿Y en qué te fundas para esa suposicion? Hasta ahora nadie ha puesto en duda la reputacion de esa señora; y por otra parte, creo á Luciano con poca experiencia de mundo, con pocas dotes, para emprender la conquista de esa beldad.

—Me complace,—añadió con ironía doña Juana,—verte convertido en paladin de la virtud de esa hermosa señora.

—¿Por ventura tienes celos?

—No en verdad; pero ¿qué tendria de extraño los sintiese al ver la vehemencia con que sales en su defensa?

—Vamos, loquilla,—dijo cariñosamente el caudillo;—demasiado segura estás de que te adoro, y por otra parte, ya puedes comprender que ni mi posicion, ni mis circunstancias, me permitirian olvidarme de mis deberes, que, dicho sea de paso, tengo la mayor complacencia en cumplir dignamente.

—Pues bien; para que te convenzas de que no es una suposicion aventurada la de creer que Luciano sostiene relaciones amorosas con la portuguesa, te diré que yo le he visto con mis propios ojos descolgarse por una de las ventanas de las habitaciones

que ocupa la señora de sus pensamientos. No creo que, á no ser criminal, prefiriese esa salida.

—Pero en último caso, ¿no te parece disculpable que á su edad galantee á las damas?

—¿Es decir, que tú apruebas su conducta?

—Aprobarla no; pero la disculpo en gracia de sus pocos años.

Doña Juana, elevando sus ojos al cielo:

—¡Válgame Dios!—añadió.—¡Que todos los hombres han de ser lo mismo! ¡Creen ver peligro en las cosas más leves, y cuando realmente les amenaza alguno, le desprecian!

—¿Qué quereis decir?—preguntó Cortés, vivamente impresionado por aquellas palabras de su esposa.

—Voy á serte completamente franca. Por no alarmarte, no he querido decirte todo lo grave, todo lo odiosa, todo lo punible de la conducta de tu secretario.

—Vamos, concluye.

—Luciano se ha atrevido más de una vez á aventurar en mi presencia algunas frases galantes.

—¡Oh! ¡Yo juro que he de aplastar á ese miserable!...

—¿No disculpas ahora sus pocos años? Es natural que á su edad galantee á las damas.

—Pero tú...

—Me ofendes con sólo dudar de mi fidelidad.

—Yo no he dudado nunca. Pero perdóname, que sólo ante la idea de que hayas escuchado la menor

declaracion de ese insensato, mi corazon se apena y sufro lo que no es decible.

—¿Despreciarás ahora mis indicaciones?

—¡Oh! No. Voy á llamar á Luciano, y yo sé lo que tengo que hacer.

—Te ruego que no pronuncies mi nombre para nada en su presencia. Limitate á decir que conoces sus relaciones criminales con la portuguesa, y que para evitar conflictos quieres alejarle de tu lado.

—Así lo haré.

Un momento despues llamaba Hernan Cortés á su secretario.